

LOS JUVENES HACEN EL AMOR, LOS VIEJOS HACEN GESTOS OBSCENOS
(Muro de Paris)

El otro día vi a unos brocas chicos jugando en la calle. Uno de ellos jugaba a que era presidente de la república y otro, a que era general director de carabineros. El primero (se llamaba Lalito) no le daba permiso al segundo (que se llamaba Rudy) para que fuera a jugar a la otra cuadra, en represalia porque él no había querido renunciar a su cargo cuando se lo había sugerido. Creí captar un sutil juego de manipulaciones que tenía como objetivo el determinar cual de los dos manejaba una cuota de poder más grande. Aparentemente, habían llegado a una situación de stand by, a un callejón sin salida y eso, a pesar de que el Lalito le decía que él, en tanto que presidente elegido democráticamente por la mayoría del grupo, tenía todo el derecho a exigir ser obedecido. A eso, el Rudy le había dicho: "Te creí's terrible' pulento logo, pero yo no estoy ni ahí con los giles vivanco que se quieren pasar de escurríos". Como es posible que no todos comprendan la forma de hablar del Rudy, lo que él, en el fondo, quería significarle, era que las reglas del juego eran ésas y que no haría más comentarios. Entretanto, otros pendex que jugaban a que eran parlamentarios, se agarraron a papes porque uno trató al otro de matón de cabaret y menos mal que había un chicoco que los separó, porque la mocha iba pa' grossa. Justo en ese momento, salió la mamá del Lalito y lo llamó para que se fuera a comer su colación y ahí, calabaza calabaza.

La escena me pareció enferma de divertida, porque me hizo pensar en qué pasaría si nuestras autoridades se comportaran como los brocas del juego.

Fue un pensamiento bastante fugaz, porque un proceder así sería inimaginable en aquellos funcionarios a quienes hemos confiado la delicada misión de gobernarnos. Ellos son incapaces de actuar tan irresponsablemente, tan arbitrariamente. A algunos de ellos, a los civiles, los elegimos porque consideramos que, de todos nosotros, eran los mejores, los más capacitados y los menos susceptibles de ser contagiados por el virus del po-

der. Con los uniformados, la cosa es un pelín diferente porque ellos se eligen a sí mismos, pero también les presumo las mejores intenciones para cumplir cabalmente con su deber. El problema que tengo con estos últimos, es que sus mejores intenciones suelen ser opuestas a las mías.

La cosa es que ellos, civiles y militares, como adultos que son, saben perfectamente que el mando que detentan no viene de Dios, sino de nosotros, los contribuyentes con nuestros impuestos, sus sueldos y demás granjerías inherentes al cargo y que, por lo tanto, están ahí para servirnos y para rendirnos cuenta de cada uno de sus actos.

Ellos jamás olvidan que los altos cargos que ocupan los obligan a ser los primeros en cumplir los deberes impuestos por la Constitución y las leyes y no se permitirían, por ejemplo, abstenerse de ir a votar aduciendo como pretexto que no pueden dejar de ir a jugar un partido de golf pactado con mucha anterioridad.

Es verdad que, excepcionalmente, algunos de ellos se distorsionan un poco en el ejercicio de sus funciones y se empiezan a creer el cuento de que su poder los pone por encima de toda sospecha y que les permite actuar con absoluta impunidad. Ahí, la cosa se pone grave, porque un mandatario ebrio de poder es más peligroso que mono con cortaplumas que, incluso, puede llegar al extremo de hacer asesinar a todos los que se atreven a cuestionar su autoridad o, simplemente, a pensar distinto a él.

Afortunadamente, esas situaciones son sólo excepcionales, la normalidad se restablece rápidamente y los culpables de ese abuso de poder son juzgados por los tribunales y castigados con todo el rigor de la ley.


Pensé en eso mientras veía a los brocas yéndose a sus casas y sonreí enternecido por la dulce ingenuidad de que hacían gala al suponer que las verdaderas autoridades se comportaban como ellos en su juego.

Recordé también que cuando yo tenía nueve o diez años, mi padre -radical y masón y defensor a ultranza de todas las instituciones republicanas- me preguntó: "Y tú...¿qué vas a ser cuando seas grande?". Él esperaba una respuesta que le diera la tranquilidad de que el futuro de Chile estaba en buenas manos. Como yo no sabía que de mis palabras dependían cosas tan trascendentes, le dije: "Me gustaría ser minoritario".

Ahí mismo me fui de ala.

Es que mi padre no tenía la misma tolerancia que tengo yo con las fantasías y los juegos de los niños.

desiderio zrenas



El comix me ha provocado siempre una fascinación que tiene algo de perverso. Cómo decirte...

Imagínate que estás viendo una película en un cine donde tú eres el único espectador. Todas esas imágenes que desfilan por la pantalla son para ti solo y no estás obligado a compartirlas con nadie.

Esa era la sensación que yo tenía a una edad en la que aún era incapaz de imaginar que entre el delicado Llanero Solitario y su leal escudero, el recio y ecológico Toro, pudiera existir algo que no fuera una viril relación amistosa. A esa edad, dos veces por semana, yo partía al kiosko que estaba en la esquina de mi casa y compraba ese pasaporte a la fantasía que convertía mi cama en una alfombra mágica que me conducía a los mundos de Flash Gordon, del Capitán Maravilla, de Mandrake el Mago y su esclavo Lotario, de Superman luchando contra el Bizarro, que era su otro yo recompuesto por Picasso, su ying (a menos que fuera su yang), su Mr. Hyde y de ahí, sin transición, me saltaba a la jungla de Tarzán con sus ruidos, sus olores, sus peligros... Al lado de estos superhéroes, si no vírgenes, al menos bastante castos y veladamente misóginos, estaba la dimensión del terror en las sanguinolentas historias del Doctor Mortis. Recuerdo una de ellas, "El foso y el péndulo", cuyo guionista llegaría a adquirir bastante prestigio como escritor de relatos de misterio y de suspenso: Edgar Allan Poe. Pero mi preferida, era una joya que causaba la envidia de todos los de mi banda: una revista mexicana donde aparecía la historia de un grupo de legionarios peleando contra los crueles tuareg en medio de las dunas del Sahara. Lo maravilloso que tenía esa revista era que, vista a través de unos lentes de cartón con micas azul y roja, los personajes se despegaban del papel, adquirían volumen y empezaban a habitar un espacio imaginario situado entre mis ojos y las páginas impresas.

A los 13 años, en la más excitante clandestinidad, transgredí por primera vez el sexto mandamiento con algo que no fuera el inofensivo pensamiento. Mi ceremonia de iniciación trajo como consecuencia inmediata el que mi imaginario se volviera escéptico y procaz: si Tarzán se veía obligado a optar, ¿elegiría a Jane o a Chita? ¿Disfrutaba Superman negando su virilidad de acero a la sexy y ansiosa Luisa Lane, en venganza porque ella no lo pescaba en su identidad del perno Clark Kent?

En esos años, se recomendaba hacer el amor y no la guerra aunque, en casos excepcionales, era ~~aconsejable~~ aconsejable hacer la guerra si una victoria era requisito para poder seguir haciendo el amor. Entonces, el Che Guevara era un héroe que no tenía una sexualidad dudosa y que era políticamente consecuente. No había donde perderse. Con mi recién asumida madurez, yo sólo soñaba con encontrar mi propia Tania, con quien desafiaríamos las incomodidades y los riesgos de las barricadas para consumir un ritual que, a esas alturas del partido, ya tenía la connotación de acto revolucionario.

Un día me asomé a la ventana y la revolución ya había pasado, como si sólo se hubiera tratado de un frente de alta presión que hubiera atravesado el territorio de la república.

Náufrago de referencias culturales, decidí irme a la raíz del asunto, a la cuna de la civilización occidental y fue así como un día de invierno septentrional me encontré instalado en París, en plena rue St. Denis, la calle de las putas.

Contra lo que muchos puedan opinar, creo que mayo del 68 fue una revolución triunfante, pero ésa es otra historia. En lo inmediato, la gente joven convirtió los muros de París en un gigantesco libro de poesías que yo, sudaca maravillado, empecé a leer a partir del 75. Eran poemas breves, estampados con prisa y que, a pesar de su brevedad (o, tal vez, gracias a ella) reflejaban la realidad con más precisión que cualquier tratado. Enfrentado, por ejemplo, a poemas del tipo: "Los jóvenes hacen el amor, los viejos hacen gestos obscenos" o "Sírvasse dejar el Estado en el mismo W.C. en que lo encontré", experimenté nuevamente las emociones de mi infancia feliz e indocumentada, cuando bastaba el mínimo estímulo para que mi

imaginación se desbocara como volantín chupete.

Fue vía graffitti, entonces, que regresé a los comix. En las librerías de París empecé aver historietas que tenían como libretistas a Jodorowsky o Raúl Ruiz. Mi reflexión fue la siguiente: si es bueno para ellos, también debe ser bueno para mí.

Pero yo no quería ser sólo tan bueno como ellos: quería ser mejor.

A pesar de que no sabía dibujar, decidí ilustrar mis propias historias. Después de todo, pensé, si yo transgredí por primera vez el sexto mandamiento siendo un perfecto autodidacta y conseguí salir adelante (sin ovaciones, es cierto, pero con dignidad), con mayor razón me sentía capacitado para emprender algo tan poco comprometedor como podía ser la creación de un comix.

Fue mi falta de oficio la que definió mi estilo. Incapaz de dibujar figuras humanas que tuvieran una mínima armonía, me vi obligado a utilizar algunos trucos cinematográficos, tales como primerísimos planos, fundidos a negro, picados y contrapicados, etc. Me convertí en guionista, director y montajista de cortometrajes de bajo presupuesto.

Naturalmente, el próximo paso era la realización de un largometraje, pero ahí me di cuenta de que necesitaba algo más que puros trucos para llegar al The End. Como a los chilenos nos faltarán medios, pero nos sobran ideas, me dije: ¿Y si en lugar de dibujar mis guiones, los canto?

Empecé a componer una serie de pequeñas historias relativas a una banda de adolescentes oriundos de la Comuna Libre de Bellavista, personajes dibujados con colores fuertes y contrastados que vivían aventuras llenas de humor, de amor, de violencia, de ternura, de insolencia y de fantasía. Es poco probable que en el futuro exista en Santiago la calle "Compositor y Cantante Chere Arenas", pero igual, esa película a sketches que hice y que se llamó "La banda del Chacal", la escucho hoy día y la sigo sintiendo vigente, entretenida y provocadora.

Y ya que había hecho ese largometraje a episodios, le tocaba el turno a una gran obra unitaria, a una ópera.

Pero otra vez vinieron mis limitaciones a impedirme que me subiera tanto por el chorro. Tres minutos con cuatro acordes y una voz aguardientosa, pase, pero una hora y media...

Una noche de brujas tuve una revelación: si yo escribía un guión con personajes dibujados con tinta china, delirantes, extremistas y estereotipados, metidos al medio de una historia llena de romance, de misterio y de asesinato, tal vez fuera posible recrear en el escenario de un teatro la magia de las historietas que me habían enseñado a soñar cuando era un pendex. Así nació el Bar Zeppelin Blues, una "operette trágicomix" ambientada en los bajos fondos santiaguinos de los años 50.

Aunque el experimento resultó, al menos para mí, bastante exitoso, hubo un aspecto de la cuestión que no me gustó tanto: yo perdía el control absoluto que me había acostumbrado a ejercer sobre mis personajes. Ahora había un director, actores, escenógrafo, iluminador, etc. Descubrí entonces, con algo de vergüenza, que el anarco tendencia pachulí que creía ser, escondía un tiranuelo de la peor especie, que quería reinar sin oposición ni disidencia sobre sus sujetos.

Lo había intentado con el dibujo, con la música, con el teatro y, por una razón u otra, nunca había quedado completamente satisfecho.

Nuevamente llegó la noche para iluminarme y decidí escribir un libro que se pudiera leer como si se estuviera viendo una película, con todos aquellos elementos que a mí me atraen en el cine: persecuciones en autos, helicópteros que estallan en el aire, mujeres hermosas e impúdicas, políticos corruptos y sexo omnipresente. Esa fue "La playa de los Alacranes", una historia de amor y de amistad, de sacrificio y de venganza y, como forma de reconocer el origen de este nuevo intento, la comencé con una plancha de comix.

En nuestra sociedad hiper tecnológica y especializada,

un tipo que dibuja, que hace canciones y que las canta, que tiene pretensiones de cineasta, de dramaturgo y de novelista, es algo más que una cucaracha y poco menos que un guarisapo pero, francamente, no estoy ni ahí. Te juro.

Soy feliz jugando a contar historias y, menos mal, porque no sé hacer otra cosa.



CONTACTO

1. La princesa está sola en su cuarto, lánguida, con la mirada perdida en el paisaje que se abre al otro lado de su ventana.

NARRACION

"Erase una vez una princesa triste que languidecía entre los muros de su castillo porque nunca, hasta entonces, había conocido el amor. Sin embargo, en sus sueños, con frecuencia se le había aparecido un apuesto príncipe que llegaba en su caballo blanco para rescatarla del hastío y de la infelicidad".

2. TESTIMONIOS MUJERES

-Perfil ideal del príncipe azul.

3. El príncipe azul cabalga en su caballo blanco.

NARRACION

"El príncipe azul ya había perdido la cuenta de los días que llevaba cabalgando por las comarcas más remotas del reino en busca de esa dulce princesa cuya belleza y virtud eran cantadas por todos los poetas".

4. TESTIMONIOS HOMBRES

-Perfil ideal de la princesa.

5. La princesa sigue mirando por la ventana. Por corte, vemos al príncipe que avanza por un sendero boscoso.

NARRACION

"Algo en su interior le decía que algo extraordinario sucedería ese día. De pronto, surgiendo de un bosque situado a dos leguas del castillo, divisó la esbelta figura del príncipe y supo inmediatamente que era aquél con quien había soñado tantas noches. Pero... ¿y si él no la veía y seguía de largo? ¿Cómo sabría él que era bajo su ventana que tenía que detener su cabalgadura?"

6. TESTIMONIOS MIXTOS

-¿Toman las mujeres la iniciativa?

-Artimañas que utilizan ambos sexos para llamar la atención.

7. El príncipe y la princesa se miran a los ojos en el love más total.

NARRACION

"Ambos jóvenes se miraron y, sin necesidad de hablarse, el amor surgió entre ellos como una llama delicada que iba creciendo a medida que el tiempo pasaba. Eran tantas las cosas que tenían que comunicarse, que cayó la noche y ellos siguieron ahí, perdidos en la profundidad de sus miradas, hasta que el sol de un nuevo día vino a sacarlos de su arrobamiento."

8. TESTIMONIOS MIXTOS

-Mecánica del pololeo: ¿En qué se diferencia del salir y del andar?

¿Quién paga en las salidas?

-Temas de conversación.

9. El príncipe, arrodillado, besa castamente la mano de la princesa.

NARRACION

"El suave roce de los labios del príncipe en su mano le provocó un estado de felicidad y de armonía que, al mismo tiempo, la llenó de inquietud pues nunca antes en su vida había experimentado algo parecido."

10. TESTIMONIOS MIXTOS

-¿Som sexualmente más conservadores que generaciones anteriores?

Si sí:

-¿Es por convicción, por miedo al Sida, por temor al compromiso?

-La virginidad es:

una virtud

una estupidez

un cacho

una forma de manipulación.

11. El príncipe pone un anillo en el dedo de la princesa.

NARRACION

"El sueño de la princesa se hizo realidad cuando el príncipe azul puso en su dedo el anillo que simbolizaba una unión que, sin duda, se vería fortalecida con la llegada de muchos principitos y princesitas."

12. TESTIMONIOS MIXTOS

-¿Hombres light?

-¿Existe premura por casarse?

-Fuera del amor, ¿qué otras variables inciden en la decisión de casarse?

-¿Qué tipo de familia pretenden formar?

-¿Qué tipo de padres se imaginan siendo?

13. El príncipe se aleja llevando a la princesa en la grupa de su caballo.

SOBREIMPRESION: ¿Y VIVIERON FELICES PARA SIEMPRE?

